# La descalificación de la mujer en la Paremiología griega. Los *Monósticos* de Menandro[1]

JUAN CASCAJERO
*Universidad Complutense de Madrid*

Es común aceptar, con independencia de las ideologías o actitudes historiográficas de las que se parta, la vinculación existente entre las condiciones de existencia y las sensibilidades de las gentes. Más aún, va siendo común, también, aunque de forma menos generalizada, reconocer la estrecha relación de dependencia entre ambas, hasta considerar, como es mi caso, a las segundas como una forma de expresión, incluso, como una cierta forma de ser, aunque peculiar, de las primeras. De este modo, los restos paremiológicos de los antiguos griegos[2] (conservados, naturalmente, gracias a su fijación por escrito), en mi opinión, no son sólo el reflejo de las actitudes de sus creadores y usuarios sino también, además y sobre todo, bajo el amparo de la Teoría, la expresión, más o menos clara, de sus reales condiciones de existencia. En el caso que nos ocupa, por tanto, las antiguas paremias griegas nos siguen evocando, hoy, no sólo las actitudes ante la mujer de aquellos hombres sino también las condiciones de existencia de aquellas mismas mujeres, las de los varones que las dominaban así como el carácter de las relaciones establecidas entre los dos colectivos. De este modo, las viejas y venerables paremias[3], que nos vienen del antiguo espacio histórico griego, constituyen una fuente histórica fundamental para comprender, productivamente, el pasado, esto es,

[1] Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación, financiado por la D.G.E.S. (PB 97 053), "Fuentes orales para la Historia Antigua", fuentes de las que los restos paremiológicos constituyen un apartado fundamental. En el número anterior de *Paremia*, aparecía, sucintamente tratado, el tema de "la descalificación de la mujer en la Paremiología latina". Nos parece aconsejable, ahora, para ofrecer una visión más completa del tema en la Antigüedad, presentar y tratar de explicar los restos paremiológicos griegos. El hecho de que aparezca publicado a cierta distancia del período de vigencia del citado Proyecto de Investigación (1998 –2001) se debe, solamente, a exigencias de publicación, pero su concepción y realización se produjeron al amparo del mismo, formando parte de un conjunto de trabajos dedicados al estudio de la condición de la mujer y de las relaciones de género en la Antigüedad a través de las fuentes orales (Cfr. "Género, dominación y conflicto. Perspectivas y propuestas para la Historia antigua", *Studia Historica. Historia Antigua*, 18, 2000, pp. 23-47; "Conflictividad genérica y fuentes orales para la Historia Antigua", *Gerión*, 19, 2001; "Espacios genéricos ¿espacios de la religión?. Una reflexión sobre la condición de la mujer a través de las fuentes orales", *Arys*, 8, 2001; "La descalificación de la mujer en la Paremiología latina", *Paremia*, 10, 2002. A estos trabajos se remite para una visión más completa, tanto en sus aspectos teóricos como metodológicos, de mi actitud sobre las perspectivas y posibilidades de las historias de género. Por lo que se refiere al concepto y uso de mis "fuentes orales para la Historia Antigua", puede consultarse mi "Historia Antigua y fuentes orales", *Gerión*, 17, 1999, pp. 13-57.

[2] Uso conscientemente el masculino, no por sumisión acrítica a los dictados, genéricamente dañados, de la Lengua sino porque la palabra griega, escrita o hablada, fue, y en mayor medida que en el caso romano, la "palabra del padre".

[3] Venerables, obviamente, por su antigüedad, pero, en absoluto, por sus contenidos. Porque, por su violencia y agresividad contra otros seres humanos, pocas voces del pasado pueden ser tildadas, con más justicia, de despreciables.

para situarnos críticamente ante nuestro presente social, en general, y ante nuestras conflictivas relaciones de género, en particular.

Porque, por más que su perduración y vitalidad en el tiempo amenace con insensibilizarnos, en primer lugar, no se puede olvidar que las formas de desigualdad, de sujeción-opresión y de explotación genéricas son formas de desigualdad, de sujeción-opresión y de explotación sociales ni que, en consecuencia, la contradicción-conflictividad genérica sea una contradicción-conflictividad social y, en mi opinión, la primera, fundamental y más oprobiosa de las contradicciones sociales. En segundo término, la evidencia de que se hayan producido innegables progresos igualitarios en algunos países de nuestro primer mundo no debe inducir, de ningún modo, a minusvalorar la distancia que aún queda por recorrer en estos mismos países ni, mucho menos, la persistencia de las formas más duras de opresión-explotación genérica que afectan a la gran mayoría de las mujeres del mundo. Por eso, confundir la situación de unas pocas privilegiadas, que, quizás, ya podrían estar en disposición de luchar por *su* autonomía-diferencia[4], con la de la totalidad, mediante el precipitado enarbolamiento del "ya se ha conseguido la igualdad", podría traducirse en el siempre peligroso ocultamiento de la desigualdad, en el consecuente deterioro de la conciencia colectiva femenina y, en suma, en el afianzamiento de la quietud de un sistema genéricamente contradictorio.

Por el contrario, tratar de devolverle, aquí, unos pocos fragmentos de su experiencia social no constituye, ni mucho menos, un esfuerzo erudito sin sentido social. Es —o, al menos, pretende ser— un intento por reafirmar la conciencia de su especificidad histórica ante la del colectivo varón, es poner nuestro grano de arena, desde la peculiaridad del ámbito paremiológico, en el reconocimiento e impulsión de su propia identidad. Es tratar de procurar algunos elementos más para el afirmamiento de su conciencia colectiva de mujer como condición previa e imprescindible para el cambio de unas relaciones genérico-sociales basadas en el abuso permanente de unos seres humanos sobre otros.

Según hemos constatado y expuesto en otros trabajos sobre relaciones de género, la sujeción-opresión-explotación del colectivo mujer se manifiesta, fundamentalmente, en la capacidad que el colectivo varón, arbitrariamente y de modo inapelable, se arroga para recluir a la mujer en unos espacios concretos y para asignarle unas tareas y unas obligaciones concretas, a la vez que le prohíbe el acceso a otros espacios y a otras ocupaciones que considera exclusivas. Paralelamente, el colectivo varón trata de justificar-legitimar la desigualdad social, por él provocada y disfrutada, mediante la apelación a la existencia de una pretendida desigualdad natural entre los sexos. La desigualdad social entre sexos, inducida y sostenida por el uso de la fuerza, se "naturaliza" y se convierte en única opción posible y deseable. El irracional dictado "tú, mujer, quédate ahí y compórtate así", ahora ya bajo el amparo de las inapelables leyes de la naturaleza (o bajo el manto protector de la divinidad, según los casos), deja de ser un hecho de brutal violencia masculina para convertirse en horizonte de virtud, de obligado cumplimiento, tanto para mujeres como para varones. Así, la valoración moral de unas y otros habrá de depender de la medida en que las unas

---

[4] De ningún modo, querría, en estos momentos, sumergirme en los debates entre Igualdad y Diferencia. Lo he hecho, y decididamente, en otros lugares. Pero siempre vale la pena recordar que la conquista de una razón no patriarcal no viene regalada con el sexo sino que sólo puede ser el resultado de una voluntad firme que no se reconoce ni se quiere sexuada. Como tampoco conviene olvidar cuán dañadas y colonizadas permanecen aún la mayoría de las conciencias de las mujeres del mundo, como consecuencia del impacto permanente del imperialismo cultural y simbólico masculino. Y es verdad que la condición de varón puede ser motivo suficiente para el rechazo por parte de la razón feminista de la Diferencia, pero nadie puede negar, ni siquiera ellas, que los varones somos, también, por deshumanizada , parte afectada por unas relaciones genéricas contradictorias y, en consecuencia, podemos y debemos experimentar como propio el deber de luchar contra su perpetuación, contra la desigualdad. Aunque recelosas a la hora de "meter al enemigo en casa", no nos quieran como compañeros de viaje. Porque, por mucho que me esfuerce, no logro ver las ventajas estratégicas que habrá de aportar para todas/os el impaciente reclamo de una diferencia positiva-autonomía cuando, en absoluto, se ha eliminado la diferencia negativa, soporte de la dependencia, de la subordinación y, en última instancia, de la explotación.

acepten sumisas su reclusión y sus tareas y los otros sean capaces de tenerlas sometidas. Este fenómeno, clave en la Historia de la humanidad y esencial, aún, en el devenir de nuestro mundo contemporáneo, viene recibiendo distintas denominaciones: "dualidad de espacios" (públicos y privados), "dicotomía de las esferas" (públicas-políticas y privadas-domésticas), "división sexual del trabajo", "división del trabajo en función del sexo", "segregación sexuada de tareas, actividades y roles", "definición de espacios genéricos", entre otras. Pero, en todos los casos, significando, con algunos matices lo mismo: la forma más nítida y dura con que se muestra el Patriarcado como sistema sexista de dominación-opresión-explotación del colectivo mujer por el colectivo varón, la forma primera y más duradera de abuso de unos seres humanos sobre otros.

En este sistema de dominación, la constante descalificación-incapacitación de la mujer para ocupar otros espacios y desarrollar otras tareas que no sean los suyos "naturales" ocupa un lugar fundamental. Justifica, legitima y presta cobertura intelectual y moral a la violencia estructural masculina, eliminando, de paso, por antinatural y aberrante, cualquier otra opción de relaciones entre sexos. En consecuencia, examinar las formas y estrategias que asume la descalificación de la mujer (en este caso, en la Paremiología griega) no supone sólo el análisis de la antigua subordinación femenina sino, también y sobre todo, por su compromiso con el reconocimiento e impulsión de la conciencia histórica de la mujer actual, la inmersión en el núcleo mismo de la conflictividad genérica presente. Es una inmersión en el pasado, por tanto, que nunca puede (ni, por otra parte, quiere) ser imparcial en nuestro presente. Entre otras cosas, porque descubrir los viejos argumentos de desigualdad supone, además, enfrentar, desnudar y, en suma, "dejar con el trasero al aire" los actuales. No es posible desenmascarar el machismo de ese especial vehículo de comunicación que fueron las paremias griegas sin que, a la vez y de inmediato, se evoque en nosotros el torcido discurso patriarcal que inunda nuestros medios de comunicación, nuestro lenguaje, nuestras vidas.

Y, en efecto, como cabría esperar, dada la ya proverbial sujeción que padeció la mujer griega, los restos conservados de la paremiología griega[5] definen, con toda nitidez, sus sitios y ocupaciones (ahora proclamados "naturales" por unilateral decisión del varón).

> Es propio de la mujer excelente guardar la casa (Menandro, *Monósticos*, 140)[6].

---

[5] Porque, de ningún modo, puede confundirse lo que hay, lo que ha llegado hasta nosotros, que no son sino los restos de un viejo naufragio, con lo que hubo. Ni en cantidad ni en calidad. Bien porque las unidades "fuertes" o groseras debieron suavizarse (o perderse, incluso) en el tránsito, siempre selectivo, de la oralidad a la escritura. O bien porque, en la azarosa aventura de la transmisión de textos, siguieran incidiendo los mismos factores genéricos que presidieron su creación y difusión. Del mismo modo, estamos convencidos de que, con toda probabilidad, algunas de las unidades, que hoy, por sus marcas internas (por su forma) o por sus marcas internas (capacidad para expresar sensibilidades ampliamente compartidas), concebimos como paremiológicas, no llegaron a funcionar como funcionan las paremias, esto es, en la calle y en la oralidad cotidiana. Aunque fueran emitidas con pretensiones de serlo. Y, desde luego, en la mayoría de los casos, no se está en disposición de establecer un mínimo baremo de popularidad (aparte del grado de amplitud de la tradición escrita de cada unidad o de la razonable capacidad concedida para expresar sensibilidades y actitudes). Se utiliza, pues, el concepto en su sentido más amplio. Cabe aducir, como justificación, que los restos del mundo antiguo son tan escasos que se prefiere pecar por exceso antes que dejar fuera de consideración, por más o menos infundados escrúpulos, una sola unidad que pudiera haberlo sido.

[6] Los llamados *Monósticos*, o sentencias de un solo verso, de Menandro (citados en el texto como *Monóst.*, seguidos de la cifra que indica la numeración dada por la edición de Jäkel) son mucho más que las sentencias emitidas por Menandro. Como ocurre en el caso de otras colecciones paremiológicas atribuidas a un solo personaje, sin duda, algunas fueron creadas por él, pero otras fueron recogidas por el comediógrafo de un entorno espacial y temporal más o menos cercano y otras muchas, en fin, una vez reconocida su prodigalidad en el uso de tales unidades lingüísticas, le fueron atribuidas a través de un proceso que se prolongó durante siglos. De este modo, la colección que lleva su nombre, incluyendo unidades anteriores y posteriores a su época, sobrepasa ampliamente su tiempo. Hoy, los *Monósticos* de Menandro, verdadero hilo conductor de este trabajo, constituyen un rico y variado *corpus* paremiológico griego, especialmente indicado para el estudio de las relaciones de género. Todas las unidades se ofrecen traducidas, aún siendo conscientes de que, con ello, se oculten, un tanto, sus marcas internas de definición-identificación, con el único propósito de hacer más accesibles sus contenidos. Por lo demás, la consulta del "original" griego puede efectuarse sin problemas

Una mujer es para una casa calamidad o salvación (*Monóst.*, 141).
Una mujer virtuosa es el timón de la casa (*Monóst.*, 151).
La ocupación de las mujeres son los telares, no las asambleas (*Monóst.*, 363).
A la hora de deliberar, no admitas mujeres (*Monóst.*, 486).

Pero son mucho más abundantes, la práctica totalidad, las que indican cuáles sean su sitio y sus obligaciones naturales por defecto, esto es, por su descalificación para ocupar los otros sitios y para desarrollar las otras tareas que se dan fuera del ámbito doméstico que les es "propio". Su incapacitación, sin embargo, no se produce, como ocurre en el ámbito filosófico[7], por su privación —total o parcial— de inteligencia[8], sino por la maldad o perversión de su "racionalidad especial", por su falsedad, por su innata tendencia a la mentira y al engaño, por su destreza para la simulación, por su volubilidad e inconstancia, por su habilidad para el llanto falaz o para la adulación, por su astucia sin límites para conseguir torcidamente lo que quiere.

Hábiles son las mujeres en tramar tretas (*Monóst.*, 194; Eurípides., *Ifigenia en Táuride,* 1032 e *Hip.* 480 s.).
Una mujer te adula para conseguir algo (*Monóst.,* 167).
Una mujer no sabe más que lo que ella quiere (*Monóst.*, 143).
Los labios de la mujer engañan a los sabios (Eurip., *Suplic.*, 294).
La mujer es menos dada que el hombre a las acciones nobles (Eurip., *Ino*, cit. Por Maloux, p. 252.
El oro es, por naturaleza un engaño y la mujer otro engaño (*Comparación de Menandro y Filistión,* 232).
La raza de las mujeres es de naturaleza traidora (Eurip., *Ifig. en Táur.,* 1298 y *Medea*, V, 928.
Es imposible hallar fidelidad en las mujeres (*Monóst., 253*).
El juramento de una mujer lo escribo en el viento (Senarco, fr. 6).
El mar y la mujer son iguales en temperamento (*Monóst.* 371).
No tendría que vivir una mujer con carácter voluble (*Monóst.*, 283).

Por eso, no se debe creer ni confiar nunca en una mujer. No se debe creer ni confiar en ella, dicen expresamente las paremias, ni en su lecho de muerte ni ya muerta ni en el remoto caso de que pudiera llegar a decir la verdad. Lo contrario, confiar en una mujer, sin tener en cuenta lo falaz de su naturaleza, sólo puede ser fuente desgracias para el hombre.

No confíes a una mujer tu propia vida (*Monóst.*, 142).
No confíes en una mujer ni en su lecho de muerte (*Monóst.*, 171).
No confíes en una mujer ni aunque esté muerta (Diogeniano, 4, 4; Greg. Cypr., 2, 8; Macar., 2, 8).
Quien confía en una mujer confía en los ladrones (Hesíodo, *Trabajos,* 376).
No creas lo que diga una mujer aunque diga la verdad (Eurip., *Hip., Fr.* 671).
Tres veces desgraciado es el hombre que confía en una mujer (*Monóst.,* 776).
No hagas partícipe a una mujer de nada provechoso (*Monóst.,* 501).
Si un hombre toma consejo de una mujer, / por miedo a caer, quiere caer dos veces (*Comparación de Menandro y Filistión*, 261-262).

Y, así, se va justificando su privación real de la palabra en la sociedad griega. Pero, además, al ser desposeídas y despojadas de aquellas cualidades intelectuales y morales que ya sólo adornan la plenitud humana de la masculinidad, el ser individual femenino resulta disuelto en la masa informe de una humanidad incompleta, condenada por la misma naturaleza a una situación de eterna

---

mediante el manejo de la síntesis bibliográfica final.

[7] Cfr., por ejemplo, Aristóteles, *Política*, 1259a–1260a.

[8] Aunque exista alguna unidad que así lo recoja. Como *Una mujer no piensa, en absoluto, en lo conveniente* (*Monóst.*, 163) o *Cada uno tiene su defecto, la cabeza es el de la mujer* (Pítaco, según Maloux, p. 185).

subordinación y dependencia. En esa masa, no es posible ni la individualización ni la autonomía personal de cada una. A la mujer griega sólo le queda su disolución en esa especie de espacio gris y mortecino, que C. Amorós llamara "el espacio de las idénticas", frente a ese otro espacio, individualizado y rico en matices, que representa "el espacio de los iguales".

Una mujer nunca se distingue en nada de otra mujer (*Monóst.* 166).

Esa masa informe de humanidad a medias, como la de esclavos y siervos, sólo adquiere sentido en la explotación de su ser incompleto. Y la mujer va siendo definida por su papel como sólo *cuerpo-para-el-varón*, para su explotación o disfrute económico o sexual. Y las paremias recogen, también, la brutal actitud de unos varones que no contemplan otra posibilidad de relación con la mujer que la de la pura agresión sexual.

Apagada la luz, todas iguales (Apostolio, 10, 90 y Plutarco, *Praec. Coniug.* 144e)

«No me canso de hablar mal de las mujeres», dice el *Pap. Graeca Strasburg.* (1016, 44), y parece ceñirse a la verdad al convertir la agresión a la mujer en el verdadero nervio central de esa especial colección paremiológica que se viene examinando. Descalificaciones, insultos y vituperios se suceden sin, apenas, solución de continuidad haciéndonos muy difícil, casi imposible, trazar la esquiva y tortuosa frontera que habría de separar aquellas unidades que descalifican a la mujer (por necesidades de un guión de sujeción-explotación masculina) y aquellas otras que parecen insultarla por puro odio, por pura misoginia. Porque, quizás, el insulto pudiera ser entendido como una forma excesiva o desmedida de esa descalificación necesaria e imprescindible para justificar su reclusión-opresión y legitimar así, como virtuosa y conforme a la naturaleza, la conducta de quienes la ejercen. Porque, quizás, también, la descalificación-incapacitación de una sola mujer, por el hecho de ser mujer, constituya el peor de los insultos para todas. Porque, cuando se insulta, se descalifica y, también, cuando se descalifica, se insulta. Se descalifica e insulta, pues, a la vez, esencializándola en su maldad y en su no-ser humano.

La mujer, ella sola, no es nada (Esquilo, *Supl.*, 749).
La mujer es un dolor siempre presente (*Monóst.*, 450).
Prometeo modelo malas a todas las mujeres (*Monóst.,* 664).
La mujer es un mal necesario (*Monóst.*, 398; Filemón, 165; Macar., 5, 7; Arsen., 1, 57; Estr., 4, 2, 16).
Nada es peor que una mujer aunque sea hermosa (*Monóst.*, 609; Eurip., *Alcestis*, 799).
La mujer alimenta con facilidad propósitos malvados (*Comparación. de Menandro y Filistión,* 205).
Por culpa de las mujeres se viene abajo una gran honra (*Monóst.*, 218).
Allí donde hay mujeres, todo son desgracias (*Monóst.*,622).

Se la descalifica e insulta sosteniendo que es el origen de todo mal para los hombres[9].

Todas las mujeres son constructoras de males (*Monóst.*, 644; Eurip., *Medea,* 409).
La mujer es para los hombres una tempestad en casa (*Monóst.*, 823; Arsenio, 18, 19 a).
La mujer es, por naturaleza, escasez de medios de vida para los hombres (*Monóst.,* 117).
La mujer es, en general, costosa por naturaleza (*Monóst.,* 163).
Sin mujer no ocurre mal alguno al hombre (*Monóst.*, 837).
Grande es el daño que causan las mujeres (*Monóst.*, 666).
Por causa de la mujer suceden todos los males (*Monóst.*, 203).

[9] Donde, naturalmente, el sustantivo hombre se concibe como referencia a la humanidad completa en su doble sentido: porque sólo los hombres poseen todas las cualidades que al ser humano como ser diferenciado de los demás animales y porque se piensa la totalidad humana (varones y mujeres) sólo en masculino, dejando, en la teoría y en la práctica, fuera a las mujeres.

Se la descalifica e insulta comparándola (y comparar equivale a asimilar) con todo tipo de animales, plantas y fenómenos manifiestamente dañinos.

La mujer es, en la vida, una mala hierba (*Monóst.*, 398).
Es igual la crueldad de una leona y la de una mujer (*Monóst.*, 374).
Tres males son. El mar, el fuego y la mujer (*Monóst.* 323).
Es mejor convivir con un león que con una mujer (*Monóst.*, 453).
Los celos de una mujer son el fuego que consume una casa (*Monóst.*, 278).
Es igual precipitarse en el fuego que entre mujeres (*Monóst.*, 380).
La especie de las fieras se domestica un poco,
Pero el carácter de una mujer nunca cambia (*Comparación de Menandro y Filistión*, 211-212).

Desde luego, algunas unidades dan la impresión de insultar, según parece, no ya para descalificar sino por puro odio, por puro placer de agredir por agredir, de causar daño por causar daño. Ni siquiera cabe la posibilidad de que no se quisiera dejar resquicio alguno por el que cupiera recalificación alguna posterior para la mujer. Rezuman, pues, odio, sin otra explicación que no tenga en cuenta este elemento.

La mujer mala es un cofre de males (*Monóst*, 325).
La mujer es un fardo repleto de males (*Monóst.*, 459).
Una mujer mala es el veneno de un áspid (*Monóst.*, 364).
(La mujer) es como un veneno endulzado con miel (*Páp. Graec. de Strasb.*, 1016, 37).
Es mejor enterrar a una mujer que casarse con ella (*Monóst.*, 151).
Dos días de una mujer son los más dulces:
Cuando uno se casa con ella y cuando la lleva a enterrar (*Códice S*, 9-10).
Llora al casarte con una mujer y ríe al enterrarla
Pues los que entierran a sus mujeres son felices (*Comparación de Menandro y Filistión*, 248 –249).
De todas las fieras, la mujer es la más salvaje (*Monóst.*, 342).
La mujer es una inmundicia cubierta de plata (*Monóst.*, 702).

Es verdad que algunas unidades (comparativamente pocas) parecen destacar cualidades o valores positivos en la mujer. Pero, vale la pena destacar que sólo lo parecen. Porque, en primer lugar, dejan sentado lo difícil que resulta encontrar una mujer buena.

No es fácil encontrar una mujer excelente (*Monóst.*, 150).
¡Qué difícil es encontrar una mujer sensata! (*Monóst.*, del cod. S, 62).

Y, en segundo término, las cualidades que se destacan como positivas son aquellas que garantizan su callada sumisión al varón y a las tareas por él encomendadas.

Una mujer justa es la salvación de la vida (*Monóst.*, 149).
Una mujer virtuosa es el timón de la casa (*Monóst.*, 155).
La mujer prudente es un depósito de virtud (*Monóst.*, 744).
Una mujer virtuosa es un bien para un hombre prudente (*Monóst.*, 835).
También en la mujer hay comportamientos sensatos (*Monóst.*, 232).
Es hermoso ver buenas costumbres en una mujer (*Monóst.*, 393).
Busca una mujer como aliada en tus asuntos (*Monóst.*, 271).

Pero, aunque el ámbito paremiológico no sea el medio más adecuado para su establecimiento, nunca se olvida la definición rígida e impermeable de los distintos espacios genéricos, la demarcación inquebrantable de la dicotomía de las esferas.

La naturaleza no le da a la mujer la capacidad de mandar (*Monóst.*, 157).

Es aberrante la casa donde manda la mujer y no el marido (Eurip., *Electra*, 932 = Esquines, *Adv. Tim.*, 171. Cfr., además, Diogen., 4, 1; Greg. Cypr., 2, 6; Macar., 312; Apost., 5, 76 y *Suda*, g 502).

Como tampoco se olvida proscribir toda situación que pudiera alterar ese orden supuestamente natural e inmutable que exige el dominio del varón y la subordinación de la mujer. Y, consciente, del poder que concede la formación intelectual, mientras se recomienda para el varón[10], se prohíbe para la mujer.

Los que han aprendido a leer y a escribir ven el doble (*Monóst.*, 180).
Quien enseña a una mujer a leer y a escribir,
Sepa que proporciona veneno a una serpiente (*Comp. de Menandro y Filistión*, 209-210).

Por el mismo motivo de prevención ante decisiones que habrían de conducir a situaciones aberrantes, se desaconseja casarse con una mujer rica o con una diferencia de edad demasiado acusada.

Si un pobre toma mujer rica, toma amo y no mujer (Anasándrides, fr. 52. Cfr. Eur., *Melan.*, fr. 502).
Cásate no con la dote, sino con la mujer (*Monóst.*, 154).
Al casarme con una rica, yo mismo he sido el causante de mi desgracia (*Monóst.*, 196).
Quien se casa debe preferir el carácter al dinero (*Monóst.*, 296).
De un esposo viejo es amo la mujer (*Monóst.*, 191).
Cuando te hayas hecho viejo, no te cases con una joven (*Monóst.*, 168).

Por eso, si, a pesar de los mil inconvenientes del matrimonio[11], el varón decide casarse no debe olvidar nunca que es su obligación cumplir y hacer cumplir las leyes de la naturaleza y, en consecuencia, mantener sumisa y callada a la mujer.

O no te cases o, si te casas, se tu el amo (*Monóst.*, 300).

Y, conscientes del poder de la palabra[12], los varones la reclaman para sí mismos mientras dictan, para las mujeres, el silencio.

El silencio es un adorno para la mujer (*Monóst.*, 139; Aristót., *Pol.*, 1, 5, 8; Sófocles, *Ayax*, 293).

Así pues, los restos de la Paremiología griega, en general, y los *Monósticos* de Menandro, en particular, dejan claro cuáles son los sitios y pautas de conducta previstos por "la palabra de padre" para cada sexo, así como los argumentos con que se pretendía legitimar tal fractura social en la sociedad griega. Al hacerlo, según creo, la Paremiología, la Historia Antigua y la razón no patriarcal confluyen y se enriquecen mutuamente. La Paremiología, con la asistencia combinada de las otras dos, puede comprender mejor el sentido genérico y social de sus unidades, a la vez que amplía las posibilidades de su definición-identificación gracias a un conocimiento más preciso de sus

---

[10] *La educación es para los mortales una posesión inalienable* (*Monóst.*, 2); *Bastón de la vida es, en efecto, la educación* (*Monóst.*, 122); *El que no sabe leer y escribir, aunque mire, no ve* (*Monóst.*, 586).

[11] Así se indica repetidamente. *Sin casarte, pasarás una vida libre de penas* (*Monóst.*, 72); *Es mejor para el hombre no mantener una esposa* (Monóst., 90; Eurip., *Ifig. en Ául.*, 749); *Vives una vida mejor si no mantienes a una mujer* (*Monóst.*, 118); *El que va a casarse se encamina hacia el arrepentimiento* (*Monóst.*, 118; Filemón, fr. 167); *El matrimonio es para los hombres un mal deseado* (*Monóst.*, 159); *Nunca te cases con una mujer y no cavarás tu tumba* (*Monóst.*, 502); *Piensa, al casarte, que eres un esclavo de por vida* (*Monóst.*, 529); *El hombre que no se casa no sufre males* (*Monóst.*, 591); *Tres veces desgraciado quien, pese a ser pobre, se casa* (*Monóst.*, 861).

[12] *La palabra o el oro domina la vida del hombre* (*Monóst.*, 131).

siempre esquivas "marcas externas". La Historia Antigua afianza su conquista de nuevas fuentes, las paremias, capaces de "llegar" donde no llegan otras fuentes, mientras la impronta de una perspectiva siempre sensible a las relaciones de género completa su capacidad para comprender y explicar —en su diversidad, en su complejidad y en su conflictividad— la evolución de las condiciones de existencia de la totalidad humana (esto es, de los varones y, también, de las mujeres). La razón no patriarcal, a su vez, al conquistar, gracias a la acción conjunta de las otras dos, unos fragmentos más de la experiencia histórica del colectivo mujer, refuerza su conciencia colectiva y logra afirmar su identidad específica frente a la del colectivo varón, como condición previa para la comprensión crítica (o sea, para el cambio) de las contradictorias relaciones genéricas actuales.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARTHABER, A. (1989): *Dizionario comparato di proverbi e modi proverbiali,* Milán. Hoepli.
CASCAJERO, J. (1999): "Historia Antigua y fuentes orales", *Gerión*, 17, pp. 13-57.
---- (2000): "Género, dominación y conflicto. Perspectivas y propuestas para la Historia Antigua", *Studia Historica*, 18, 2000, pp. 23-47.
JÄKEL, S. (1964): *Menandri Sententiae*. Leipzig.
MARIÑO SÁNCHEZ-ELVIRA, R.M.; GARCÍA ROMERO, F. (Eds.): 1999, *Proverbios griegos. Menandro. Sentencias*. Madrid: Gredos.
LEUTSCH, E.; SCHNEIDEWIN, F. (1839-1851; reimp. 1965): *Corpus Paroemiographorum Graecorum, I y II*, Gotinga.
MADRID, M. (1999): *La misoginia en Grecia*. Madrid: Cátedra.
MALOUX, M. (1994): *Dictionnaire des proverbes, sentences et maximes*. Paris: Larousse.
TOSI, R. (1994): *Dizionario delle sentenze latine e grecche*. Milano: Rizzoli.